

HISTORIA DE UNA GUITARRA y su relación con dos ilustres Villacarrillenses

Corría el año de 1.866 y en una casa de Villacarrillo, en la calle que después llevaría su nombre, veía la luz, por poco tiempo, el concertista de guitarra y compositor Antonio Jiménez Manjón, quien a muy temprana edad inició los estudios del instrumento con un discípulo de Dionisio Aguado que residía en la ciudad, así lo relató él en innumerables ocasiones. Los primeros años de su vida fueron doblemente tristes por falta de apoyo y por carecer del sentido máspreciado en la vida, la vista que perdió a la edad de 13 meses. La desgracia robó la luz a Jiménez Manjón y Jiménez Manjón se enamoró de la armonía. Manjón vive para la música, vive para su amor y su amor es su guitarra que tiene 11 cuerdas.

A los 14 años abandonó nuestra patria, dirigiéndose a París, solo, sin amigos, sin familia, sin conocer el idioma francés y sin poseer otro capital que quince pesetas y un corazón repleto de fe y ansioso de gloria. Nueve años después de aquella partida regresa a España, y con motivo de un concierto ofrecido en el Teatro "El Dorado" de Barcelona, hoy desaparecido, un diario de aquella localidad correspondiente al viernes 18-XII-1889, decía al respecto sobre dicho acto "Las obras más inspiradas de los autores clásicos encuentran en Manjón un intérprete concienzudo, que ejecuta en la guitarra, con admirable propiedad, sus notas dulces, patéticas conmovedoras y sus pasajes enérgicos, brillantes y deslumbradores..."

Impuesto su nombre en París y Londres, dice el cronista estas hermosas palabras:

"... Manjón posee una ilustración vasta y sólida. Conoce, no sólo a los clásicos de la música, sino también a los de la literatura. Conoce las más sublimes concepciones del teatro francés, inglés y español, y habla con exquisita elegancia los idiomas de Voltaire, de Dickens, de Camöens, de Goethe y de Dante. Siente admiración sin límites por Shakespeare, por Byron, por Flamarión, por Cervantes, por Espronceda y por Zorrilla, y es el apologistas más ferviente de Wagner. Cuando ayer conversábamos con él, nos causaba asombro el respeto

que siente hacia las composiciones wagnerianas y nos deleitaba el relato sencillo y claro que hacía de sus luchas, de sus afanes, de sus pesares y de sus alegrías..." Concluye diciendo: "Desde ese momento su fama se consolidó, y con éxito creciente visitó Alemania, Austria, Francia, Inglaterra y Rusia, alternando en las sesiones musicales con los artistas más eminentes"

En 1.893 embarca para América visitando varios países sudamericanos hasta instalarse definitivamente en Buenos Aires, donde funda un conservatorio por el que desfilan casi un ejército de discípulos que el tiempo nubla en la memoria.

Falleció en Buenos Aires el 3 de Enero de 1.919

Manjón en una de sus visitas a Madrid se dirige al taller de Manuel Ramírez, conocido constructor de guitarras, y encarga la construcción de una guitarra de once cuerdas, que una vez terminada empieza a ponerle pegas con la intención, probablemente, de regatear su precio. Esto, como es de imaginar, no fue del agrado de Manuel, quien no estaba por la labor de rebajarla, por lo que la guitarra se quedó en el taller. Posteriormente fue reformada y adaptada su estructura a seis cuerdas.

Andrés Segovia Torres nació en Linares el día 21 de Febrero de 1.893, en el número 74 de la calle Corredera; como presagio decisivo, junto a ella había una guitarrería, a las pocas semanas de su nacimiento se trasladó a Jaén con sus padres, de donde toda la familia era oriunda y donde vivió los dos primeros años de su vida hasta que con esa temprana edad lo dejaron sus padres en casa de sus tios Mariano y María, día que Andrés recordaría siempre como muy doloroso, en el que lloró con profundo desconsuelo, vivían éstos sin hijos en Villacarrillo, en la calle de las Barandas, su tío caballero noble, culto y recto, completamente calvo, desdentado y barbudo pero con expresión benigna y acogedora se sentó delante de él y como si rasgueara una guitarra imaginaria canturreo para distraerlo:

El tocar la guitarra, jun

no tiene cencia, jun

sino juerza en el brazo, jun

permanecencia, jun

Una y otra vez repitió la tonada hasta que al final se sosegó y le sonrió, tomándole entonces el bracito derecho le obligó a marcar el ritmo del *jun* que le produjo gozo tan intenso que lo recordaría toda la vida. Esa fue la primera semilla que cayó en la zona musical de su alma y que habría de convertirse andando el tiempo en el árbol más robusto y frondoso de su vida.

A los cinco años tuvo ocasión de escuchar por primera vez la guitarra, tocada por un músico flamenco; la primera impresión que le produjo -él mismo lo contó- en un tocoso rasgado fue desagradable, pero luego su canto lo sedujo irremediamente. Horrorizada su familia ante la fuerte inclinación que el niño sentía por un instrumento tan "vulgar", intentaron desviar su atención hacia el violín, el violonchelo o el piano, pero todo fue inútil.

Sus tios advirtieron su temprana vocación, aún no había cumplido seis años cuando lo pusieron bajo la férula de D. Francisco Hervera, violinista; a la primera lección de solfeo el irascible maestro le pellizcó e hizo llorar, le cobró miedo a él y aversión a lo que enseñaba. Según relataría después el propio Andrés Segovia, aquél seco pedagogo pudo haber desviado la dirección de su sino artístico. Su tío con tacto y buen juicio lo retiró de sus estériles enseñanzas.

Posteriormente se trasladó a vivir con sus tios a Granada y con la oposición familiar continuó estudiando teoría musical, alternándola con las lecciones de guitarra. En poco tiempo, desarrolló una técnica incomparable; a los 16 años dio un recital en Granada, con tan gran éxito que pudo presentarse sucesivamente en otras ciudades españolas, culminando el año 1.912 en Madrid, y llevándole en 1.916 de gira por Sudamérica.

Su presentación en París en 1924, gracias al apoyo de Pablo Casals, causó verdadera sensación, incluso en asistentes tan ilustres y exigentes como Paul Dukas y Manuel de Falla, asombraron, sobre todo, sus reveladoras interpretaciones de Bach (transcripciones hechas por el mismo Segovia), un patriarca de la música todavía entonces no suficientemente conocido, e hicieron entrever el amplísimo campo de repertorio barroco que potencialmente se abría a la guitarra, lo que se fue haciendo realidad en los años siguientes. Ese mismo año tocó por primera vez en Londres, luego por toda Europa - Rusia incluida - y en 1928 hizo su debut en los Estados Unidos. Los triunfos se fueron sucediendo y su fama se extendió por todo el mundo. En 1927 grabó en Londres sus primeros discos -el primer guitarrista clásico que lo hacía -. Exactamente cincuenta años después grabaría en Madrid los últimos.

Andrés Segovia durante sus viajes había conocido y tratado a numerosos artistas e intelectuales, frecuente cada vez más la compañía de Salvador de Madariaga, quien no sólo será su gran amigo de toda la vida, sino también en cierto sentido, su maestro; carente de una formación académica rigurosa que poco a poco irá supliendo, con magnífico criterio, mediante el estudio personal, se dejará guiar por Madariaga en sus lecturas, que abarcan por lo demás, como lo muestran los libros conservados de su biblioteca de Ginebra, campos muy dispares: filosofía, historia, literatura, ciencias naturales y un largo etcétera.

Abandona una España que amenazaba con desangrarse y que se desangró de hecho, y a la que únicamente regresó, cansado de tantos y tantos viajes y, sobre todo, de tantos y tantos cambios de residencia (Ginebra, Génova, Montevideo, Nueva York...), cuando el régimen franquista comenzó a dar señales de apertura.

Baste un sólo testimonio, el de uno de los más grandes violinistas de la primera mitad del siglo pasado, Fritz Kreisler, quien afirmó que en el siglo XX sólo ha habido dos intérpretes verdaderamente grandes, Pablo Casals y Andrés Segovia (españoles ambos, curiosamente). Y es cierto, porque ni antes ni después de Segovia ha habido en el mundo un guitarrista de tanto prestigio. Andrés Segovia, siendo ya octogenario, visitó la ciudad de Villacarrillo en dos ocasiones, reencontrándose con algunos de los amigos de su infancia, Antonio

Medina y Enrique Rojo. Se le otorgó la medalla de oro de la ciudad, declarándole hijo predilecto, por cuyo agradecimiento ofreció un concierto benéfico en el Teatro Coliseo, hasta donde se desplazaron muchos de sus seguidores desde distintos puntos de España

Falleció en Madrid el 2 de Junio de 1987, aunque la partida de defunción indica día 3

Estaba un día Manuel Ramírez en su tienda de la calle Arlabán 10, de Madrid, cuando entró un mozo alto y flaco con largos cabellos negros bajo el chambergo de alas flexibles, lentes gordos de concha, chalina de abundantes cascadas, chaleco de terciopelo negro cerrado hasta el cuello con botones de plata, americana gris cruzada, pantalones a rayas, zapatos de charol y en la mano un recio bastón para defender su facha; según comentó Ramírez, un joven con un aspecto un tanto extravagante; al entrar en la tienda, Ramírez le echó la vista encima no pudiendo reprimir una sonrisa burlona pronto a estallar en carcajada, el joven aparentado no darse cuenta, le dijo:

- He llegado a Madrid hace unos días y mis amigos están organizándome un concierto en el Ateneo, mi guitarra construida en Granada no responde a lo que yo deseo, ¿accedería Ud a alquilarme la mejor que tenga en el taller como las tiendas de música suelen alquilar pianos para conciertos?. Le abonaré la suma que Ud fije y que espero sea razonable, por adelantado.

Ramírez que tenía un gran sentido del humor - así como muy mal genio - le escuchó con agrado, aunque encontró gracioso todo aquello de alquilar una guitarra, además del aspecto del joven, y tratándole de "pollo" con cierta grandilocuencia para darle pompa al asunto, decidió seguir la broma y le dejó a probar una guitarra cualquiera que tenía a mano. Tal fue la maravilla que escucharon, tanto Manuel como un visitante que allí se encontraba, que Manuel le quitó la guitarra diciendo que no era para él, y le entregó la que había construido para Manjón. El joven enseguida advirtió que se trataba de una obra maestra, la contempló despacio antes de despertar sus resonancias, la gracia sobria de sus curvas, el oro viejo de la tapa de pino de finas vetas, los ornamentos tan delicadamente labrados alrededor de su exacto

orificio, el mástil emergiendo esbelto del austero busto, en fin, todas las líneas y rasgos de su grácil cuerpo penetraron en su corazón como los de la mujer que, señalada por el cielo, nos sale de repente al paso para convertirse en nuestra amada compañera. Con indecible alegría de todo su ser comenzó a pulsarla y comprendió que aquella guitarra era la herramienta perfecta de su sino artístico, y a su contacto, sintió con nueva energía lo irresistible y perentorio de su vocación. Alzó la cabeza para suplicar a Ramírez la entrega, y se detuvo al advertir la presencia de un anciano caballero de aspecto enérgico y atractivo que parecía un músico romántico de la temprana época. Había estado escuchándolo en silencio y le dijo:

- Bravo muchacho, me gustan tu temperamento, tus dotes expresivas y tu facilidad técnica, lástima que esas facultades queden estériles en esa isla pequeñita que es la guitarra, bella si quieres, pero solitaria e inculta, donde ningún talento busca domicilio y a donde tú vas a desterrar el tuyo, ¿quieres cambiar de instrumento? aún eres joven, el violín te hará famoso. Y acercándose al joven añadió con acento serio y cordial. Yo te prestaré mi ayuda en todo lo que necesites.

Ramírez intervino con voz campanuda y actitud solemne.

- Joven el que está hablando es D. José del Hierro, profesor de la clase superior de violín del Real Conservatorio.

El joven se levantó a saludarlo, con respeto y contenida emoción, diciendo:

- Gracias maestro, temo que sea demasiado tarde para pasarme a otro instrumento, además, le aseguro que no podría traicionar a mi guitarra, ella me necesita, el violín no.

Don José agregó todavía estas palabras:

- Dura senda emprendes muchacho, hago votos porque no pierdas el ánimo.

El joven miró a Ramírez para expresar el deseo de entrar sin más tardanza en la transitoria posesión de su guitarra, pero no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra, porque él adivinando

su anhelo, en un acto de generosidad y desprendimiento se le adelantó diciendo:

- Tuya es la guitarra muchacho, llévala contigo mundo adelante y que tu trabajo la haga fértil, por lo demás no te apures, págamela sin dinero.

El joven se levantó a abrazarle con los ojos llenos de lágrimas, y con voz tan apagada y rota que apenas se oyeron sus palabras, dijo:

- Esta es una de esas acciones que tienen valor y no precio

Ese joven, cómo no, era Andrés Segovia

Esa guitarra el maestro Segovia la utilizó durante muchos años, ofreciendo sus conciertos por todo el mundo, y al final de sus días la cedió al *Metropolitan Museum of Art de Nueva York*, donde actualmente se encuentra expuesta, con el deseo de que nunca más vuelva a ser tocada.

Los herederos y actuales regentes de la firma Guitarras Ramírez, Amalia y José Ramírez, relatan lo siguiente:

"A comienzos de los años 90, mi hermano José Ramírez y yo viajamos a Nueva York para visitar el *Metropolitan Museum of Art* y ver la guitarra construida por nuestro tío bisabuelo Manuel Ramírez que le regaló a Andrés Segovia, y que actualmente está allí expuesta.

Nos dejaron en un despacho del museo que nos habían acondicionado para trabajar con la guitarra.

Estuvimos haciéndole fotografías y tomando medidas, pues teníamos en principio la intención de hacer una copia de este histórico instrumento, entre otras cosas para satisfacer nuestra curiosidad por saber cómo sonaría esta guitarra recién construida, sin que las maderas hubieran sufrido rajadas y desencoladuras, y sin haber tenido que ser reparada, con los inconvenientes que todo esto

supone para el sonido de un instrumento.

No obstante, dejamos dormir el proyecto, hasta que yo lo retomé en el año 2.001, cuando volví a visitar el *Metropolitan Museum* con uno de mis oficiales y mi asistente.

Una vez más fuimos atendidos maravillosamente por el personal de la sección de Instrumentos de Música del museo, quienes nos facilitaron toda la información de la que disponían sobre la guitarra de Manuel Ramírez.

Estuvimos toda una mañana volviendo a tomar medidas con todo detalle, haciendo el trazado de plantilla y fotografías, para completar el trabajo que años antes hice con mi hermano.

Esta guitarra, que originariamente tuvo 11 cuerdas como se puede ver por algunos detalles que aparecen en su hechura, fue construida por encargo de Manjón, un conocido guitarrista de la época..." "... y que ahora reproducimos en una serie limitada para que los amantes de la guitarra puedan disfrutar del sonido de este instrumento legendario, y más aún teniendo en cuenta que el original, siguiendo los deseos de Segovia, no puede volver a ser tocado"

Ésta es la historia de una guitarra, pieza de museo, construida a petición de un villacarrillense, Antonio Jiménez Manjón, para deleite de otro villacarrillense de adopción, Andrés Segovia Torres.

Juan Bustos López
Agosto de 2.008

Fuente:

- Diccionario de Guitarristas de Domingo Prat (Buenos Aires 1.934)
- Página Web: guitarrasramirez.com
- Prólogo de una grabación de audio de Andrés Segovia por Angel Carrascosa Almazán
- Algunos datos y reflexiones sobre la biografía de Andrés Segovia, su formación intelectual y sus ideas políticas (Carlos Andrés Segovia)
- Documento sonoro relatado por el propio Andrés Segovia

